

CAPÍTULO VEINTISÉIS

aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
habla el triste desventuras,
hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa,
y en tocándole el cogote
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura «del Toboso» al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar don Quijote que si en nombrando a Dulcinea no decía también «del Toboso», no se podía entender la copla; y así fue la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros

②

CAPÍTULO VEINTISÉIS

más de estas tres coplas. En esto y en suspirar y en llamar a los faunos y silvanos de aquellos bosques, a las ninfas de los ríos, a la dolorosa y húmeda Eco, que le respondiese, consolasen y escuchasen, se entretenía, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si como tardó tres días, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no lo conociera la madre que lo parió.

Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino a Sancho Panza en su mandadería. Y fue que en saliendo al camino real se puso en busca del del Toboso, y otro día llegó a la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó a hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había grandes días que

CAPÍTULO VEINTISÉIS

todo era piambre.

Esta necesidad le forzó a llegarse junto a la venta, todavía dudoso si entraría o no. Y estando en esto salieron de la venta dos personas que luego le conocieron; y dijo el uno a el otro:

- Dígame, señor licenciado, aqueel del caballo ¿no es Sancho Panza, el que dijo el alma de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

- Sí es, - dijo el licenciado - y aqueel es el caballo de nuestro Don Quijote.

Y conociéronle tam bien como aquellos que eran el cura y el general de los libros. Los cuales, así como acabaron de conocer a Sancho Panza y a Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron a él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole:

- Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo? Conocilos luego Sancho Panza y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba y, así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte, y en cierta cosa, que le era de mucha importancia, la cual él no podía descubrir, por los ojos que en la cara tenía.

- No, no - dijo el barbero, Sancho Panza, si vos

CAPÍTULO VEINTISEÍS

No nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo. En verdad que nos habéis de dar el dueño del roñón, o sobre eso, morena.

— No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato a nadie: a cada uno mate su ventura, o Dios, que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad de la montaña, muy a su sabor.

Y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habían sucedido, y como llevaba la carta a la señora Dulcinea de Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los higados.

Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabían la locura de Don Quixote y el género de ella, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle a Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba a la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegaseja

CAPÍTULO VEINTISEÍS

Lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito, pero no le halló, ni le podía hallar si le buscara hasta ahora, porque se había quedado don Quijote con él y no se le había dado, ni a él se le acordó de pedirsele.

Cuando Sancho vio que no hallaba el libro, fuésete parandole mortal el rostro; y tornándose a tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó a echar de ver que no le hallaba, y sin más ni más se echó entrambos puños a las barbas y se arrancó la mitad de ellas, y luego apriesa y sin cesar se dio media docena de punaladas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

-¿Qué me he de suceder - respondió Sancho - sino el haber perdido de una mano a otra, en un estante, tres pollinos, que cada uno era un castillo?

-¿Cómo es eso? - replicó el barbero.

-He perdido el libro de memoria - respondió Sancho - donde venía carta para Dulcinea y una cédula firmada de su señor, por la cual marchaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro o cinco que estaban en casa. Y con esto les contó la pérdida del rucio.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Consolde el cura, y díjole que en hallando a su señor él le haría revivir la moneda y que tomarse a hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, por que las que se hacían en libros de memoria jamás se aceptaban ni cumplían. Con esto se consoló Sancho, pues - dijo el barbero -, que después la trasladaremos. Parose Sancho Panza a rascar la cabeza para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de huberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos a los que esperaban que ya la dijiste, dijo al cabo de grandísimo rato: - Por Dios, señor licenciado, que los diables traen la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decía: «Alta y sobajada señora». - No diría - dijo el barbero - sobajada señora, sino sobrehumana o soberana señora. - Así es - dijo Sancho -. Luego, si mal no me acuerdo, proseguía, si mal no me acuerdo: «el llego y fulto de sueño, y el ferido besa a vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermana», y no sé qué decía de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la

CAPÍTULO VEINTISEÍS

Triste Figura». No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronse la mucho y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria para trasladalla a su tiempo. Tornola a decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió a decir otras tres mil disparates. Tras esto, contó asimismo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del mantenimiento que le había sucedido en aquella venta en la cual rehusaba entrar. Dijo también como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se había de poner en camino a procurar cómo ser emperador, o por lo menos monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir a serlo, según era el valer de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo le había de casar a él, porque ya sería viudo, que no podría ser menos, y le había de dar por mujer a una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin insulos ni insulas, que ya no las quería.

Deía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán

CAPÍTULO VEINTISEÍS

vehemente había sido la locura de Don Quijote, pues había llevado tras sí, el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del cerebro en que estaba, pareciéndoles que, pues es no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y a ellos les servía de más gusto oír sus necesidades. Y así, le dijeron que rogase a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible sea venir con el discurso del tiempo a ser emperador, como él decía, o por lo menos arzobispo o otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho:

- Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que a mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes a sus escuderos.

- Suértelos dar - respondió el cura - algún beneficio simple o curato, o alguna sacristanía, que les vale mucho de renta. Rentada, amén del pie de altar, que se suelen estimar en otros tanto.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

- Para eso será menester - replicó Sancho - que el escudero no se ha cocado y que sepa ayudar a misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichas de yo, que soy casado y no sé la primera letra del abecedario! ¿Qué será de mí si a mi amo le da antojo de ser arzobispo?, y, no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

- No tengáis pena, Sancho amigo - dijo el barbero, que aquí rogamos a vuestro amo, y, se lo aconsejaremos y aunque se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será más fácil, a causa de que él es más valiente que estudiante

- Así me ha parecido a mí - respondió Sancho -, aunque sé decir que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle a nuestro señor que le a aquellas partes donde él más se sirva y adonde a mí más mercedes me haga.

- Vos lo decís como discreto - dijo el cura - y lo hareís como buen cristiano. Mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden como

CAPÍTULO VEINTISEÍS

Sacar a vuestro amo de aquella inefable penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.

Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que después les diría la causa por que no entraba ni le convenía entrar en ella, mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí a poco el barbero le sacó de comer. Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote y para lo que ellos querían; y fue que dijo al barbero que lo que había pensado era que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él

CAPÍTULO VEINTISEÍS

procurarse ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, el cual él no podría dejárselo de otorgar, como valeroso caballero andante. Y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, a desfacelle un agravio que un mal caballero le tenía fecho; ni la demandase cosa de su hacienda, fasta que la hubiese fecho derecha de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que de esta manera le sacarían de allí y le llevarían a su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



CAPÍTULO XXVII

De cómo salieron con su intención el cura y el barbero,
con otras cosas dignas de que se cuenten
en esta grande historia

No le pareció mal al barbero la invención del cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidieronle a la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia o roja de buey donde el ventero tenía colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedirán aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de don Quijote y cómo convenía aquel disfraz para socorrerle de la montaña donde ~~la~~ la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al cura de modo que no había más que ver. Púsole una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer, ellos y la saya, en tiempo del rey Bamba. No consintió el cura que le

CAPÍTULO VEINTISIETE

tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñose por la frente una liga de tafetán negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro; encasquetose su sombrero, que era tan grande, que le podía servir de quitasol, y, cubriéndose su herreruelo, subió en su mula a mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba a la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso.

Despidiéronse de todos, y de la buena de Muritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habían emprendido. Mas apenas hubo salido de la venta, cuando le vino al cura un pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque lo fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocassen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haría el escudero y que así se profanaba menos su

CAPÍTULO VEINTISIETE

dignidad; y que si no lo quería hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque a don Quijote se le llevase el diablo.

En esto llegó Sancho, y de ver a los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y, trocando la invención, el cura le fue informando el modo que había de tener y los palabras que había de decir a don Quijote para moverle y forzarle a que con él se viniese y dejase la gerencia del lugar que había escogido para su una penitencia. El barbero respondió que si se le diese lección él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuviesen juntos de donde don Quijote estaba, y, así, dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza; el cual les fue contando lo que les aconteció con el loro que hallaron en la sierra, encubriendo, empero, el hallazgo de la muleta y de cuanto en ella venía, ~~pero~~ maguer que tanto, era un poco cobicioso el mozo.

Al día siguiente llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señas de los ramos para acertar el lugar donde había dejado a su señor, y, en reconociéndole, les dijo como aquella era la entrada y que bien se podría vestir, si era que aquellos hacían al cura mucha libertad de su señor; porque ellos le habían dicho antes que el ir

CAPÍTULO VEINTISIETE

de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaba mucho que no dijese a su amo quien ellos eran, ni que los conocían; y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le había respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese a ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle tenían por cosa cierta reducirle a mejor vida y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir a ser emperador o monarca, que en lo de ser arzobispo no había de qué temer.

Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intención que tenían de aconsejar a su señor fuese emperador, y no arzobispo, porque él tenía para sí que para hacer mercedes a sus escuderos más podían los emperadores que los arzobispos andantes. También les dijo que sería bien que él fuese delante a buscarle y darle la respuesta de su señora; quizá sería ella bastante a sacarle de